



Capítulo 275

¡Abaddon Declara La Guerra!

Lillian respiró profundamente mientras intentaba usar sus poderes tal como había practicado.

De su pálida espalda brotaron unas alas de plumas de color marrón oscuro, y ella rezó a los que estaban arriba para que volar fuera tan fácil como su familia lo hacía parecer.

Agitando sus nuevas extremidades, se elevó temblorosamente en el aire hasta que pudo ver por encima de la mansión.

En el tejado, vio tres siluetas muy juntas, mirando hacia el cielo que en ese momento mostraba un espectáculo de fuegos artificiales.

Abaddon estaba en medio de dos muchachas, con ambas cabezas descansando ligeramente sobre sus hombros.

Los tres sintieron que Lillian se acercaba y se giraron mostrando expresiones muy diferentes.

Abaddon tenía una sonrisa cansada, pero cálida en su rostro, mientras que Malenia y Thea parecían estar en algún tipo de angustia.

"¡Hermana mayor Lillian! ¡Algo anda mal con el amo! ¡Está siendo muy amable conmigo hoy, solo me golpeó una vez por decir cosas desagradables!"

"Mamá, no me ha dejado ir desde que regresamos... me duele el trasero y estoy empezando a extrañar a mi esposa y a Jasmine".

Abaddon parecía algo ofendido mientras miraba de un lado a otro entre las dos chicas.

"Estoy empezando a sentir que ustedes dos son reacias a pasar tiempo conmigo".

"Nunca" dijeron las dos chicas al unísono.

De repente, Thea abrazó cálidamente a su padre y le habló con una voz suave y llena de inocencia.



“Sé de qué se trata... pero no ha pasado nada. Estoy bien y nadie me ha llevado a ningún lado”.

Abaddon devolvió suavemente el abrazo de su hija y trató de no dejar que sus voces internas se derramaran.

'Pero hija mía... ¿qué sería de ti si no fuera así...? ¿Qué sería de mí...?'

Era una pesadilla a la que ni siquiera quería darle energía, pero cada vez que miraba el rostro de su hija, el miedo de no volver a verla se apoderaba de su corazón.

Y no tenía idea de lo que sería si alguna vez perdía a un solo miembro de su preciosa familia.

De alguna manera, Thea logró escapar de su agarre y tomó a Malenia de la mano, arrastrándola lejos.

"Estaremos dentro si nos necesitas. De todos modos, parece que mamá tiene algo que decirte".

"¡E-Espera, sobrinita! ¡Todavía no estoy lista para irme!"

"Tía, por favor aprende a leer el ambiente..."

"Soy disléxica, ¡apenas puedo leer libros!"

"¿De verdad?"

"No, a veces sólo digo tonterías".

Thea puso los ojos en blanco y arrojó al ángel caído pervertido sobre su hombro antes de saltar del techo y dejar a sus padres solos.

Lillian rió tiernamente antes de encontrar su lugar en el regazo de Abaddon y observar en silencio el hermoso espectáculo de fuegos artificiales que parecía realzar el cielo ya fascinante.

Pasaron diez minutos enteros y ninguno de los dos parecía estar interesado en hablar primero.

Su única preocupación era disfrutar del calor del cuerpo del otro y observar el espectáculo que se desarrollaba sobre ellos.

“No importa cuántas horas pasen, no puedo olvidar lo que ocurrió hoy... Es asombroso”, dijo finalmente.



Lillian hizo una mueca mientras entrelazaba sus delicados dedos con los de él y trataba de calmar sus nervios. "Cariño..."

"En mis dos vidas me han insultado mucho, tanto en mi cara como a mis espaldas.

Pero nunca en ninguna de ellas he sufrido tanta humillación.

Un hombre se atrevió a entrar en mis dominios... y estableció condiciones que, según dijo, no tenía más remedio que aceptar, y se fue con una sonrisa estúpida y un montón de pasteles.

Aunque las palabras de Abaddon no fueron dichas con fuerza, Lillian aún podía sentir una gran ira burbujeando debajo de él.

Después de todo ese tiempo que pasó observándolo como hombre y como niño, ya no tenía ninguna indicación sobre lo que él haría.

"Es tan humillante como divertido... Estos dioses y seres superiores... son nauseabundamente molestos, como mosquitos zumbando constantemente alrededor de mis oídos.

Ya no puedo permitir que sigan existiendo... todos deben ser extirpados como las infecciones que son".

"Marido... ¿qué estás diciendo?"

"Digo que serán sacrificados o se les obligará a arrodillarse. Cada loa, ángel, dios, semidiós, monstruo, demonio, espíritu, jinete, gigante, todos ellos.

No respetarán nuestro sueño de vivir en paz, ni nos lo darán gratis, así que moldearé la vida que deseamos con su sangre inmortal".

Lillian sabía que su marido hablaba en serio, pero aún así no podía creerlo.

Abaddon realmente estaba declarando su intención de librar una guerra unilateral contra todo ser superior.

Pero cuanto más lo pensaba, se daba cuenta de que esto no tardaría mucho en llegar.

Desde su primer encuentro con un dios en la mazmorra del invierno negro, hasta su enfrentamiento con Lucifer, e incluso ser un peón en el juego del abismo, cada encuentro que había tenido con un ser superior había sido deplorable.



Pero hoy, el encuentro con Samyaza finalmente actuó como la gota que colmó el vaso.

La idea de que debía seguir desperdiciando las vidas de miles de millones de personas, de su propio pueblo, solo por el sueño de un arcángel inmaduro fue suficiente para volverlo loco de rabia.

Y había todo un reino de seres como él... todos ellos egoístas y egocéntricos y que no pensaban en nada más que en promover sus propios ideales.

'Destruiré todo lo que tienen hasta que regrese la tranquilidad que amo... Seré la bestia de la calamidad que ya creen que soy.'

A pesar de lo enojado que se sentía por dentro, apartó con ternura el cabello de Lillian y le dejó un pequeño beso en la nuca.

—Sé que no te alistaste para una guerra tan costosa, mi amor. Pero te aseguro que solo hago esto para...

—Esposo... lo entiendo. Nunca se me había ocurrido juzgarte por las decisiones que tomas, y sé que lo haces sólo para proteger mejor a nuestra familia.

Creeceré junto a ti y mis hermanas... Quiero luchar junto a ti para que nuestro destino sea verdaderamente nuestro y de nadie más. Te amo, las amo a todas... Quiero ayudar a protegernos".

A decir verdad, lo último que Abaddon quería era que alguna de sus esposas estuviera cerca de un campo de batalla, y menos que ninguna Lillian.

Después de haberla perdido una vez, sabía cuán horriblemente reaccionaría al perderla una vez más.

Pero... nunca se había interpuesto en los planes de ninguna de sus esposas, y no creía que debiera empezar ahora.

Las amaba porque eran mujeres con sus propios deseos e ideales, así que tenía que dejarlas ser ellas mismas sin importar el riesgo potencial.

Pero, por supuesto, él siempre permanecería sobreprotector mientras lo hacía.



Tener la capacidad de teletransportarse y al mismo tiempo estar conectado a ellas tenía una tendencia a convertirlo en un marido helicóptero.

Bekka: "No me importa enseñarte a pelear. Podemos empezar ahora si quieres".

Seras: "¡No es justo! ¡Quería enseñarle!"

Lisa: "¿Pensé que ibas a enseñarle a Gabbrielle?"

Seras: "¡Ella no está interesada!"

Lailah: "No me importaría mostrarte cómo usar un poco de magia, hermana. Solo tienes que preguntar".

Eris: "Yo tampoco lo haría."

Valerie: "No soy muy buena enseñando a otros cómo hacer cosas, pero puedo enseñarte cómo conservar mejor el alcohol".

De alguna manera, las siete esposas restantes de Abaddon se habían acercado sigilosamente a los dos, y cada una de ellas tenía algo que decir.

Sin embargo, fueron tomados completamente por sorpresa al encontrar a su marido en medio de una charla con Lillian, declarando su intención de declarar la guerra a todos los seres mitológicos.

Lailah dio un paso adelante con gracia, se sentó al lado de Abaddon y apoyó la cabeza en su hombro. "¿Hablabas en serio, esposo?"

"Yo estaba... Nunca permitiré que vuelva a ocurrir algo como lo que ha sucedido hoy. No te pediré que luches, si tú..."

De repente, Bekka y Seras agarraron a Abaddon por cada uno de sus cuernos y les dieron un tirón juguetón.

"Es bueno que seas hermoso, porque no eres muy inteligente".

"¿De verdad creías que nos quedaríamos en silencio y no haríamos nada? Sabes que no somos ese tipo de mujeres".

De repente, Abaddon se sintió como un hombre que había sido castigado y no estaba seguro de si debía reír o llorar.

"Mis disculpas... ¿podrían liberarme ahora, chicas?"



Bekka y Seras se miraron brevemente, como si estuvieran considerando su propuesta.

"No."

"Aún no."

"Maravilloso", dijo mientras ponía los ojos en blanco.

Lailah se rió y lamentó en silencio el hecho de no poder tomar una fotografía para guardar ese momento para siempre.

"Si quisieras quemar cada extensión de tierra en los tres reinos, todas estaríamos a tu lado. Somos tus amantes, las madres de tus hijos y tus soldados más devotos.

Sea cual sea el campo de batalla en el que te encuentres, nos encontrarás cerca. Eso es lo que significa estar enamorado y casado, ¿no?

La mano de Lailah viajó inconscientemente a su zona púbica, donde debajo de su vestido se encontraba el tatuaje que la vinculaba con su marido y sus hermanas.

Cuando se emocionaba o apasionaba por algo relacionado con su familia, su mano a menudo iba allí por puro instinto.

Por alguna razón, la hizo sentir más tranquila y completa por dentro.

Abaddon mostró una sonrisa llena de dientes afilados, como navajas, que envió un escalofrío por la columna vertebral de todas sus esposas.

"De ahora en adelante tendremos que acelerar el ritmo y ya no podemos permitirnos ser tan amables con nuestros enemigos como antes. ¿Estáis todas preparadas?"

Como respuesta, Abaddon recibió ocho hermosas sonrisas que eran igual de agudas y aterradoras que la suya.

"Hermoso..."



Se les ha llamado con muchísimos nombres a lo largo de la historia y la mitología.

Las hijas del destino, las Moiras, las Nornas.



Pero la mayoría dentro de los reinos los conocen simplemente como los destinos.

Su trabajo es simple y a la vez increíblemente complejo: tejen el tapiz de la vida de cada ser vivo, decidiendo sus vidas y todo lo que ocurrirá en ellas, hasta el día de su muerte.

Mientras Cloto hila el hilo de la vida en su huso, su hermana Láquesis decide la duración de la vida asignada a cada persona, y la hermana más joven, Átropos, es responsable de acabar con las vidas cortando los hilos con sus tijeras dentadas.

Se les dio este trabajo hace mucho tiempo, antes de que se pensara siquiera que se podía registrar el tiempo.

Y durante un número incalculable de milenios, han llevado a cabo esta tarea impecablemente, sin grandes contratiempos ni interrupciones.

Incluso ahora, se encuentran sentadas en un reino de oscuridad que les es propio, tres mujeres con apariencia de brujas rodeadas de billones y billones de hilos rojos, las vidas de mortales e inmortales por igual.

Lo han hecho desde que fue creada la primera vida, y lo seguirán haciendo hasta que se extinga la última vida.

Pero por primera vez, algo inimaginable sucedió dentro de su reino.

"¿Qué es esto..."

"¡Esto no puede ser...!"

"¿Cómo es esto posible...?"

Las Parcas, las mujeres que habían visto todos los caminos imaginables para cada ser vivo a lo largo de la historia, ahora observaban cómo el ochenta por ciento de los hilos rojos que pertenecían a los dioses comenzaban a volverse negros y caían flácidos.

Ninguna de ellos tenía idea de qué decir y se preguntaron brevemente si se habían vuelto seniles.

Se avecinaba una calamidad que ni siquiera ellas podían prever y cuyas consecuencias serían, sin duda, catastróficas.